

VIII

REYES

¿Quién era este hombre, que tan valerosos servicios acababa de prestar a la sociedad caleña y que tan alto puesto alcanzaba de repente en el ejército?

Nacido en Santa Rosa de Viterbo a mediados del siglo XIX, hizo allí los estudios primarios y secundarios, y a la edad de diez y ocho años su natural activo y resuelto le llevó a buscar en atrevidas exploraciones ocupación lucrativa para sus energías.

Su hermano mayor don Elías se había establecido en Popayán, en negocios de compra y exportación de quina, y a su lado fue a trabajar el joven Reyes. Pero éste no cabía en un almacén ni podía limitarse a los rutinarios procedimientos de ese negocio, y se dió a recorrer las cordilleras en busca de los mejores bosques de quininas. De 18 a 20 años de edad estuvo en Munchique, Cerropelado y Sanabria, de la Cordillera Occidental; en Moscopán y Pitayó, de la Central; y en Santa Rosa y Tujumbina, de la Oriental. Más tarde se lanzó a los dilatados y ardientes bosques del Caquetá, y habiendo descubierto allí riquísimas manchas de quina, se formó la Compañía del Caquetá para la explotación de ese artículo y el establecimiento de la navegación a vapor del Putumayo, a fin de exportar los productos por este río y el Amazonas, en que desagua.

En esa Compañía entraron, además de muchos capitalistas caucanos, cuatro hermanos Reyes: Elías, Rafael, Enrique y Néstor. El primero fue el centro de la empresa en Popayán, en calidad de gerente; los otros tres dirigían los trabajos en las selvas del Putumayo y el Caquetá.

Pero ¡qué trabajos! El negocio de exportación de quininas, que enriqueció a mucha gente del Cauca de 1850 a 1874, se hacía recogiendo la preciosa corteza en los bosques más cercanos a las poblaciones de esa región del país y exportándola por Buenaventura y Tumaco. La Compañía del Caquetá se lanzaba a las entrañas de las selvas amazónicas, casi desconocidas, pobladas de indios salvajes, sin otras vías que los grandes ríos, casi desconocidos, surcados solamente por piraguas de los indios y en donde se iba a averiguar si era posible

establecer la navegación por vapor, sin lo cual la empresa no tendría vida.

En 1875, Reyes pasó de Tumaco, en el Pacífico, a la ciudad de Pasto; de allí subió a la helada cima de la Cordillera Oriental por trocha de a pie; cruzó el ancho páramo; bajó por la vertiente del Amazonas; se abrió paso en las tupidas selvas por las orillas del Putumayo, desde sus fuentes hasta el punto en que, por tener seis pies de fondo, empieza a ser navegable; dió a este punto el nombre de su esposa doña Sofia Angulo; se despidió allí de los indios mocoas, de suaves costumbres, para pasar a entenderse con los antropófagos del bajo Putumayo, de quienes obtuvo, sin embargo, amistosas consideraciones, canoas y remeros; embarcóse en ese río para bajar al Amazonas a fin de investigar si aquél era navegable para buques hasta su desembocadura; aquí tomó un pequeño vapor que bajaba de Iquitos, y pasó a Manaos, Pará, Río Janeiro. La prensa brasilera anunció con entusiasmo el portentoso viaje de 1400 millas por el Putumayo y 1800 más por el Amazonas; el Emperador del Brasil llamó y ofreció su amistad y apoyo al intrépido viajero; éste compra un buque de vapor para la Casa que representa, sube en él por el Amazonas y el Putumayo hasta Puerto Sofia y sigue a pie a Pasto. Al cabo de unos ocho meses, la exploración queda terminada con éxito completo: reconocida la posibilidad de salir de Colombia al Amazonas por el Putumayo; establecida la navegación de vapor en este río; conocidas las riquezas de sus bosques; levantada la carta geográfica del mismo con el auxilio del ingeniero portugués Bisao; y entabladas amistosas relaciones con los indios del tránsito y con los comerciantes y autoridades del Brasil.

En viajes posteriores, hechos en compañía de sus hermanos Enrique y Néstor y de otros valientes colombianos, Reyes completó sus estudios de esa región y visitó los ríos Caquetá, Napo, Ucayali, Javarí y Juruá. Más tarde hizo un camino de herradura de Pasto a Mocoa, que medianamente prolongó hasta Puerto Sofia.

Fueron largos años de intensa y ruda labor, en que las naturales energías de este hombre extraordinario se desarrollaron hasta el punto de convencerlo a él mismo de que no hay en nada dificultades invencibles. Física y moralmente, Reyes llegó a ser una fuerza incon-

trastable. Se reforzó también intelectualmente con bien escogidas lecturas y con frecuentes viajes a Europa y Estados Unidos, el aprendizaje de varias lenguas y el trato con notables personajes de aquellos países.

¿Qué mucho, pues, que la guerra en que se vio envuelto en 1885 encontrase en él un brazo poderoso? Las proezas que en ella hizo, como en la posterior de 1895, se explican fácilmente por su nativa energía y el desarrollo que le dio en la dura escuela del trabajo en las ardientes y tupidas selvas del corazón de América.

Más tarde, eminentes corporaciones científicas de Europa y América lo llamaron a su seno; la Segunda Conferencia Internacional, reunida en México de 1901 a 1902 enalteció y honró sus expediciones y la memoria de sus dos hermanos, muertos en ellas; y en 1904 ocupó la Presidencia de Colombia: su labor en ese puesto está juzgada, y, sobre la estrechez de algunos juicios, se imponen y subsisten la concordia que dio a los partidos, el progreso material de que la nación disfruta y el empuje que supo comunicar a la vida nacional. Después, para evitar una guerra, dejó el mando y se dio a viajar por Europa, Asia, Africa y América haciendo conocer a Colombia por medio de conferencias y promoviendo empresas e inmigración de capitales y gentes para su tierra. Hoy mismo anda por Chile en ese empeño. Su acción es siempre provechosa y fecunda.

IX

OCUPACION DE CALI

En Cali esperábamos que Ulloa llegase a la ciudad tras de los derrotados de Sonso. Pero era imposible. Sus escasas fuerzas, diezmadas en la batalla, eran insuficientes para dominar en tan vasto territorio las numerosas de los rebeldes. Por esta razón necesitó combinar un plan de ataque con Payán, como lo dejo dicho.

Durante quince días después de la batalla de Sonso, Ulloa movió sus fuerzas de uno a otro lado entre Palmira y Buga y avanzó destacamentos sobre los diversos pasos del río Cauca, de modo que los rebeldes no sabían por dónde intentaba atacar. En esos pasos hubo frecuentes tiroteos, principalmente en el de El Comercio, el más cercano a Cali.

De repente pasó el río por Yofoco, cerca a Buga, y avanzó hacia Cali. Como a la vez lo pasaba Payán por Aganche, los rebeldes tuvieron que dividir sus fuerzas, si bien echaron contra Ulloa la mayor parte, sin duda para arrollarlo y continuar en marcha hacia el norte hasta unirse con un ejército antioqueño que en esos días invadía el Cauca y estaba ya en Cartago.

El 7 de febrero se encontraron en Vijes las fuerzas de Ulloa y las de Márquez. El combate fue muy reñido, y en él murió don Tomás Patiño, hijo del valeroso General conservador don Dolcey Patiño. Ulloa triunfó, pero numerosas tropas liberales se le escaparon y siguieron hacia el norte.

Mientras tanto Payán avanzaba sobre Cali por el sur. El paso del río fue heroico. El enemigo se había apoderado de todas las canoas y tenía un reducido destacamento atrincherado en la orilla occidental. El Coronel Carlos Albán pidió que se construyese una balsa de guaduas y que se le permitiese lanzarse en ella, con unos pocos soldados, a atacar al enemigo y tomarle las canoas. El General Payán aceptó, y Reyes dirigió la construcción de la balsa en una ensenada del río que una mata de guadua ocultaba al enemigo. Construída, el Coronel Albán salió en ella con cinco soldados; pero inmediatamente una descarga le mató dos soldados. La balsa retrocedió, y la esperanza de pasar de este modo parecía pérdida, cuando Reyes pidió permiso a Payán de intentarlo él de nuevo. Albán alegó su derecho, y entre los dos jefes se entabló una hermosa discusión para disputarse el puesto de peligro. Albán cedió al fin, pensando sin duda que era bien que el jefe, cuya designación había despertado emulaciones porque en la División había veteranos meritísimos, diese una muestra de arrojo y habilidad.

Con otros dos Jefes y cuatro soldados — después de impedir que su ayudante Enrique Arboleda V., hijo de don Sergio, se embarcase con él, como lo pretendía, ahincadamente — atravesó el río bajo el fuego cerrado del enemigo, sin que las balas hiciesen otra cosa que romper algunas guaduas de la balsa. Reyes la piloteaba con una palanca, mientras sus compañeros disparaban sobre el enemigo; y tan pronto como notó que podían marchar a pie dentro del agua, lo ordenó así, y los siete atacantes se lanzaron sobre el enemigo, oculto tras

una cerca de guadua. Allí encontraron tres muertos y varios heridos; los demás huyeron; y entre las aclamaciones del ejército, que al punto empezó a pasar, Reyes continuó la persecución.

Esto fue el 8 de febrero. El ejército acampó en Sachamate, cerca de Jamundí, y el día siguiente siguió sobre Cali.

En la noche del 8 volvió el señor Cura González a acompañar a los presos políticos, temeroso de un peligro como el que les amenazó el 24 de enero anterior; pero al amanecer del 9 de febrero fue grande la sorpresa de todos ellos al ver que nadie los custodiaba. En efecto, recogidas las pocas fuerzas que en Cali les quedaban, los revolucionarios tomaron el camino de Buenaventura al amanecer de ese día. La plaza quedó acéfala; pero entre las 7 y las 8 de la mañana sonaron las músicas marciales con que las tropas de Ulloa entraban por el Puente de las Ceibas.

Los presos se lanzaron a la calle, lo mismo que la multitud de conservadores e independientes que habían estado ocultos, y recibieron con aclamaciones de júbilo a los vencedores. Estos desfilaron por la calle de La Merced, desde donde pudieron ver el grupo de vencidos que subían por el camino de Buenaventura. Luego se acuartelaron; pero gran golpe de Jefes y Oficiales, acompañado de mayor número de particulares, siguieron recorriendo las calles con manifestaciones de júbilo y aclamaciones a Ulloa, Rengifo, Patiño, Zuluaga etc.

A eso de las 10 de la mañana entró la 4.^a División por las calles del sur, con Payán, Reyes, Moya, Albán, Mosquera y sus demás Jefes.

Entre ellos venía el famoso General Tenorio de quien hablé al principio, y que ahora manifestaba francamente su propósito de ejercer venganza personal sobre sus adversarios de Cali, y especialmente sobre don Benjamín Núñez. Era este señor un político exaltado. No sé qué paño cortado tenía Tenorio con él, pues ambos eran independientes. Reyes, que supo de aquellos propósitos, cuidó de que Tenorio estuviesen a su lado durante la entrada, y así pudo evitar una desgracia.

Al llegar a la mitad de la plaza, el grupo de Jefes fue rodeado por mucha gente que los victoreaba, entre la cual estaban los recién libres: A. Aparicio, J. Córdoba, Carlos Delgado, Benjamín Núñez, etc.

Al ver Tenorio al último de los nombrados, gritó desenvainando la peinilla:

—¡A este bandido hay que cortarle la cabeza!

Y tiró a Núñez un formidable peinillazo que, por un rápido movimiento del agredido, sólo alcanzó a cortarle el sombrero y herirlo levemente.

Tenorio, ciego de ira y como avergonzado de haber errado el golpe, echó su caballo sobre Núñez e iba a darle un segundo peinillazo, cuando Reyes se interpuso.

—¡Para usted también hay! dijo Tenorio.

—¡Máteme; pero yo no permito sin protesta que se asesine a nadie en mi presencia.

Tenorio bajó la peinilla, reprimió el ánimo soberbio y dijo a Reyes:

—Con usted no, porque deseo ser su amigo.....

Tan exaltadas eran las pasiones políticas en esa época, que una hermana del señor Núñez, al saber esta escena, dijo:

—¡Lástima que Reyes sea godo, pues esto no me permite mandarlo saludar.

X

ROLDANILLO Y SANTA BARBARA

Reunidas las dos Divisiones en Cali, Payán se ocupó en reorganizarlas e incorporó en ellas a los Generales Jaime Córdoba, José María Domínguez E., Belisario Losada y Lucio Velasco, todos conservadores.

Envió inmediatamente algunas fuerzas en persecución de las que huían con Márquez hacia el norte. Las comandaba el General Domínguez, quien les dio un recio golpe en el paso de Moreno. Pero como no bastaban para impedir que Márquez se uniese al ejército antioqueño en Cartago, Reyes pidió y obtuvo que se le permitiese volar con 400 hombres de su División a realizar ese propósito. Con marchas como las que sólo él sabe hacer, sorprendió a Márquez en Roldanillo, el 15 de febrero y el golpe fue tan decisivo que sólo este Jefe y unos pocos compañeros se salvaron: los demás y toda la tropa quedaron muertos, heridos o prisioneros, entre éstos el famoso Avelino Rosas. Reyes ele-

vó su fuerza a 1000 hombres con los paisanos que se le presentaron y con algunos prisioneros que voluntariamente pidieron su incorporación.

Mientras tanto el General Payán había avanzado por la banda oriental del Valle hasta Zaragoza, aldea distante unos ocho kilómetros de Cartago, donde estaba el General Manuel Antonio Angel con el ejército liberal antioqueño de unos 3500 hombres, que ocupaba las colinas de Santa Bárbara al oriente de la ciudad.

En Zaragoza se unió Reyes con Payán, llevando 1000 hombres en vez de los 400 que había sacado de Cali.

Payán, recordando que en esas mismas lomas de Santa Bárbara se habían estrellado las fuerzas conservadoras del doctor Giraldo contra las liberales del General Santos Gutiérrez en 1862 por haber atacado de frente, reunió a sus Generales y les manifestó que se proponía llevar su ejército por una vereda a retaguardia del enemigo, y atacar por Morrogordo y Morrogacho, cumbres superiores a las que éste ocupaba. El plan fue aprobado y Reyes nombrado General de Día para realizar el peligroso movimiento. Peligroso, porque si el enemigo lo descubría antes de terminarse, el ejército conservador había sido fácilmente exterminado en esa estrecha vereda montañosa.

Reyes envió fuertes avanzadas a los ejidos de Cartago para hacer creer a Angel que sería atacado por el camino nacional, y a la vez puso cien zapadores con hachas, machetes y barras a abrir la trocha. Eran las dos de la tarde del 22 de febrero. Tras de los zapadores desfiló el grueso del ejército llevando difícilmente el parque. El General Patiño, jefe de los zapadores, hizo prodigios de actividad y energía. Pero llegó la noche y era poco lo que se había avanzado: hubo momentos en que se temió que la empresa sería irrealizable.

Durante toda esa noche, oscura y lluviosa, se trabajó tenazmente en abrir camino, transportar el parque y avanzar las fuerzas. Desde el primer jefe hasta el último soldado, todos soportaron con energía admirable las fatigas de marcha tan penosa como peligrosa.

A las cinco de la mañana fue asaltada la primera avanzada que el enemigo tenía por ese lado y toda ella quedó prisionera. La segunda dio la voz de alarma, y es de suponerse la sorpresa y contrariedad de ejército liberal al verse atacado por donde no lo esperaba, lo cual

convertía en inferiores sus posiciones. Las tropas de Payán salían de la vereda unas tras otras e iban comprometiéndose todas en la batalla. Su empuje fue irresistible, y a las 2 de la tarde, después de heroica resistencia, el enemigo tuvo que ceder sus últimas posiciones de combate.

Alguno de los derrotados — creyendo sin duda ser su grupo el último que salía de aquel campo de sangre — hizo cerrar con llave la puerta del puente colgante del río de La Vieja, para dificultar la persecución. Es de suponerse la angustia de otros fugitivos que llegaron después, al encontrar cerrada la puerta. Por fortuna el doctor Modesto Garcés, que fue de los últimos en retirarse, llegó allí y organizó la resistencia mientras pasaban sus compañeros. Durante la batalla se había distinguido también por su sereno valor y el entusiasmo con que animaba a sus soldados.

El General Angel quedó herido en el campo. Los indios de Tierradentro, de origen pijao, comandados por su cacique Güeinás, llevaban muchachos de su raza encargados de *despenar* a sus compañeros y adversarios mal heridos, acabando de matarlos. Ya iban a hacerlo con el General Angel cuando llegó Reyes; lo salvó e hizo que los mismos indios lo llevaran a Cartago en una camilla.

En esa batalla fue rescatado el General José Antonio Pinto, a quien tenían preso y herido los liberales. Expuesto estuvo durante la lucha al fuego conservador en una camilla cubierta con una sábana. Fue un acto de inhumanidad que no sé cómo pueda excusarse.

XI

RENDICION DE ANTIOQUIA

Mientras tanto Cali había quedado casi completamente desguarnecida. El General Payán llevó consigo a Santa Bárbara todas las fuerzas de que disponía, y dejó encargado al General Lucio Velasco, entonces Coronel, de guardar la ciudad como pudiese. El me nombró Capitán de la primera compañía de un batallón imaginario, que habíamos de levantar y que regiría al Coronel Floro Gómez. Como casi todos los jóvenes gobiernistas se habían ido con Payán, con gran dificultad pudimos reunir unos setenta hombres. Teníamos que preocuparnos de las guerrillas de los montes y del destacamento que huyó

por el camino de Buenaventura el día de la entrada de Ulloa y Payán y que estaba cerca:

Angustiosas fueron las noches que pasámos hasta que se supo el triunfo de Santa Bárbara. No fuimos atacados; pero veíamos que podíamos serlo con gran ventaja para los atacantes. Perdida Cali por segunda vez, la situación de Payán — entre el fuerte ejército antioqueño y el que se organizase en esta ciudad — habría sido muy grave. El liberalismo estaba ciego en esa guerra, o los Coroneles Velasco y Floro Gómez, casi solos en Cali, le impusieron respeto.

El triunfo de Santa Bárbara nos permitió saber que los Gobiernos rebeldes de Boyacá y Tolima habían sido vencidos y que en Santander no habían podido hacer nada de importancia Vargas Santos, Hernández, C. E. Gutiérrez y demás jefes liberales; que el General Juan N. Mateus, después de vencer a los revolucionarios que se habían apoderado de Honda — llave de la navegación del Magdalena — había avanzado sobre Antioquia, con el General Manuel Briceño y otros jefes conservadores, y ocupado a Salamina el 18 de febrero; y poco después supimos que el 24 de ese mes se presentó en Salamina ante el General Mateus el señor Luis Eduardo Villegas, comisionado del Gobierno rebelde de Antioquia, y había firmado una capitulación por la cual se extinguió aquel Gobierno y entregó todas las armas y municiones que tenía.

Mateus ignoraba ese día, sin duda, la victoria de Santa Bárbara; y los liberales de Antioquia prefirieron rendirse a él y no a Payán. Mateus ocupó inmediatamente a Manizales y en seguida su ejército siguió a Medellín.

El ejército vencedor en Santa Bárbara ansiaba invadir a Antioquia, donde los caucanos liberales habían dejado terribles recuerdos de la invasión que hicieron en 1877. Sin duda para evitar la repetición de actos semejantes, el liberalismo antioqueño se apresuró a rendirse a Mateus y prefirió la invasión cundinamarquesa. Los mismos jefes del ejército caucano, principalmente Reyes, Albán y Córdoba, pidieron a Payán que no lo llevase a Antioquia y trataron de apagar ese deseo; pero cuando llegaron a la Aldea de María fue preciso poner una escolta en el río Chinchiná y amenazar con severos castigos a quienes lo pasasen. Don Rudesindo Ospina, íntimo amigo de Payán,

vino a la Aldea y unió sus esfuerzos a los de los expresados jefes para impedir la entrada.

Entonces Payán comisionó a Reyes, Ulloa y Rengifo para conferenciar sobre este punto con Mateus y Briceño en Manizales. En esa conferencia se acordó que el ejército de Payán contramarchase a Cali, menos la División vencedora en Sonso, la cual había sido llamada a Bogotá por el doctor Núñez, a donde seguiría por el Quindío. Como la revolución había concentrado sus fuerzas en la costa atlántica, donde asediaba a Cartagena al mando de Ricardo Gaitán y con muchos elementos, se convino también que Payán enviase una expedición por Panamá a socorrer esa ciudad y otra Mateus y Briceño por Ayapel, pues Gaitán se había adueñado de todos los buques del bajo Magdalena y no había cómo utilizar esa vía.

En seguida se celebró un gran banquete en Manizales, en el cual se firmó un manifiesto por el cual conservadores e independientes se unían para constituir el Partido Nacional bajo la jefatura del doctor Núñez.

Los comisionados de Payán regresaron a la Aldea de María, y el día siguiente se empezó la contramarcha hacia Cali.

Ocurrió entonces un extraño incidente.

Aquel gigantesco Güeinás, jefe de los indios de Tierradentro, de que antes hablé, notificó a Reyes que en las haciendas de los *currucos* situadas entre Cartago y Cali tomaría para sus indios los animales que debían llevar en recompensa de sus servicios.

Todos esos indios eran liberales, y llamaban *currucos* a los conservadores, contra quienes habían peleado en 1860 y 1876 al mando de Payán, a quien acompañaban ahora creyendo que los actuales revolucionarios eran *currucos*.

Para evitar el vandalismo a que estaban acostumbrados, Reyes obtuvo de Payán autorización de comprar en alguna hacienda una partida de yeguas, potros y muletos para los indios. Así se hizo, y en un gran corral se encerraron centenares de estos animales cerreros. Los indios, armados de lazos, rodearon el corral y avanzaron dando gritos salvajes y haciendo descargas al aire; con lo cual de tal modo aterraron a las bestias, que éstas se dejaban enlazar sin mayor resis-

tencia y se mostraban domadas hasta el punto de que los indios pudieron montar en algunas de ellas.

En Cali se le hizo espléndido recibimiento al ejército, que entró el 11 de abril. Especialmente Reyes fue muy festejado, pues la población gobiernista, además de la admiración que sentía por sus recientes proezas, le estaba muy agradecida por haber salvado a Cali de un nuevo 24.

XII

GRAVISIMAS NOTICIAS

Al llegar a Cali pidió Reyes su baja, deseoso de ir a visitar a su esposa e hijos, a quienes había dejado en Popayán y no veía hacía varios meses.

Payán se denegó a concedérsela, pero al fin tuvo que convenir, poniendo por condición que saliese de Cali sin que lo supiese nadie.

Cierta noche, de la segunda mitad de abril, cuando Reyes montaba para emprender el viaje, llegó un ayudante de Payán a llamarlo con urgencia.

Payán puso en sus manos unos telegramas por los cuales supo Reyes que la guarnición de Buenaventura se había indisciplinado, saqueado un velero cargado de licores, con los cuales se embriagó sin querer oír a sus jefes y tenía aterrada a la población. Pero más grave aún era la noticia de otro telegrama: Colón había sido incendiado por los revolucionarios, y esto había dado ocasión a que desembarcasen tropas yanquis para garantizar el libre tránsito del Istmo. El decoro de la Nación, y aun su soberanía, estaban comprometidos.

Payán pidió a Reyes que tomase a su cargo ambos gravísimos problemas; y aunque Reyes se excusó alegando que ya tenía su baja y que su familia y sus intereses lo reclamaban en Popayán, tuvo al fin que convenir.

Para la buena inteligencia de lo que voy a referir, es preciso recordar aunque sucintamente lo que había ocurrido en otros puntos de la República.

Al estallar la guerra en los primeros días de enero, los radicales ocuparon a Honda, de donde los desalojó el 4 y 5 de febrero el General Juan N. Mateus con fuerzas que llevó de Bogotá para seguir

sobre Antioquia; pero antes de este golpe, el bravo General Ricardo Gaitán salió aguas abajo, se adueñó de todos los buques del bajo Magdalena y tomó a Barranquilla el 5 de Enero. No hubo resistencia: el jefe de las fuerzas nacionales de esa plaza, Antonio González Carazo, se pasó a los revolucionarios, lo mismo que el Presidente del Estado, Núñez R. Pero las fuerzas de Cartagena permanecieron leales, apresaron al Presidente y facilitaron así la posesión del Procurador General, León A. Martínez, ya que el designado estaba también con los rebeldes.

Esas fuerzas, en combinación con las del Presidente del Magdalena, M. Salcedo Ramón, atacaron a Gaitán en Barranquilla el 11 de febrero, pero fueron derrotadas. Se retiraron a Cartagena los de esa procedencia, y a Riohacha los del Magdalena. Inmediatamente se dio aviso de este desastre al General R. Santodomingo Vila, que estaba en Panamá como Presidente de ese Estado, y que había sido nombrado Jefe de Operaciones en los Estados del Atlántico. Se embarcó para Cartagena con algunas fuerzas de línea y llegó el día 20.

Gaitán puso sitio a Cartagena. Para romperlo, Santodomingo Vila lo atacó en Barú el 18 de abril, pero infructuosamente: parte de sus fuerzas volvieron a Cartagena, y él siguió a Cispata al encuentro de la expedición que traía Mateus desde Medellín, por Ayapel, en socorro de Cartagena.

Este abnegado y experto militar había salido de Bogotá el 24 de enero. Ocupó a Honda el 4 de febrero, desbarató a los rebeldes el 5 y el 10 siguió sobre Antioquia, en donde ocupó a Salamina el 18, después de vencer fuerzas rebeldes en La Palma. Ya he dicho que a él se rindió el Gobierno de Antioquia. En seguida, como no había buques para enviar fuerzas por el Magdalena a la Costa, se le ordenó que llevase las suyas por tierra. Era empresa de conquistadores españoles la que se le exigía, pues había que atravesar más de 80 leguas de bosques primitivos y llanuras anegadas, por donde no había ni hay sino sendas para gentes de a pie. Pero no vaciló; y acompañado del ilustre General Manuel Briceño y otros jefes meritisimos, empezó a mover su ejército de Medellín hacia el norte, por Ayapel, en los primeros días de abril. Dos meses empleó para llegar a Cartagena.

Mientras tanto, disminuía la guarnición de Panamá, se levanta-

ron en rebeldía los liberales y ocuparon a Colón a fines de marzo. El General Carlos Gónima, Jefe Civil y Militar, ordenó al Comandante de la «Boyacá», don Ramón Ulloa, hermano del vencedor de Sonso, que desembarcase con la reducida tropa que la tripulaba y fuese a rescatar a Colón. Así lo hizo; pero los rebeldes se batieron desesperadamente y, cuando se vieron vencidos, prendieron fuego a la ciudad, que era toda de madera, y huyeron. Pocos momentos después no quedaban sino cenizas en donde había una ciudad llena de gentes inofensivas y de grandes riquezas. ¡Espantoso crimen, que exigía una ejemplar reparación!

Pero ese mismo día se levanta Rafael Aizpuru en Panamá contra el Jefe Civil y Militar, Carlos Gónima, lo ataca y vence, y pone así a Ulloa, que no contaba sino con 150 hombres, en la más grave situación. El vencedor de Colón se vio obligado a pactar con Aizpuru una suspensión de hostilidades por treinta días, quedándose sobre las cenizas de esa desdichada ciudad.

La «Boyacá» había quedado al mando de don José C. de Obaldía, quien no quiso rendirla a Aizpuru y emprendió viaje a Buenaventura. Esto salvó el Istmo, pues ese barco fue el principal en la expedición llamada *del pontón*. ¡Un homónimo de este señor de Obaldía había de ser quien entregase el Istmo a los yanquis diez y ocho años después!

XIII

EN EL PONTON

No trascendieron a la población de Cali ni al ajército estas gravísimas noticias. Reyes en vez de partir para Popayán como lo acababa de anunciar por telégrafo a su joven esposa, siguió esa misma noche a Buenaventura, a donde llegó en la tarde del día siguiente: caminó toda la noche con la velocidad que siempre ha acostumbrado. Iba solo y sabía que la Compañía inglesa del Pacífico, a quien se le pidió un buque no lo daría, y que la tropa que pudiera llevar estaba insurreccionada.

Encontró que unos 50 soldados permanecían obedientes en el cuartel. Después de conferenciar con los Jefes y oficiales, hizo tocar reunión. Los soldados, entre los cuales circuló rápidamente la noticia de la llegada de tan prestigioso Jefe, acudieron solícitos. Reyes los

hizo formar, les afeó su conducta y les notificó que serían castigados conforme a la ley militar. En efecto, los diezmó e impuso a los sorteados un severo castigo. Nadie chistó. La disciplina quedó restablecida.

Cosa fácil y sencilla, ¿verdad? Pero es de esas cosas sencillas y fáciles que sólo pueden hacer las energías superiores.

Era tiempo de afrontar el segundo problema: la marcha a Panamá.

Por fortuna acababa de anclar la cañonera «Boyacá», de propiedad del Gobierno, procente de Panamá. A poco llegó la chalupa de vapor número 12 de la Compañía del Canal con el General Correoza y don Santiago Izquierdo, enviados por el General revolucionario Aizpuru para tratar con las autoridades legítimas.

Pero la «Boyacá» era un buquecito en que no cabían sino unos 150 hombres; en la chalupa unos 30, y 25 a lo sumo en una goleta que llegó del sur.

Había en el puerto un pontón, casco del viejo vapor «Guayaquil» de la Compañía inglesa del Pacífico. Estaba abandonado de cinco a seis años atrás y en tan mal estado que sólo servía para depósito de carbón. Reyes habló con el agente de la Compañía, don Jenaro Otero, para que se lo alquilase a fin de hacer en él la travesía a Panamá. Otero se asombró de oír semejante propuesta y de seguro pensó que el proponente estaba loco. Viendo Reyes que Otero no ponía otra dificultad que el temor, casi la seguridad, de que el pontón se fuese a pique al salir a alta mar, llevó a que lo examinase al piloto portugués de la «Boyacá» un señor Magallanes.

Este señor hizo notar que la madera se deshacía al golpearla con el martillo. Opinó que el pontón podía llegar a Panamá si había buen tiempo, pero que naufragaría si el mar se agitaba.

Reyes le ofreció una fuerte suma por pilotear el pontón a remolque de la «Boyacá». Magallanes no aceptó, alegando que era exponerse a una muerte casi segura. Se le dobló la suma, y el viejo lobo de mar se arriesgó, comprometiéndose además a inspirar confianza a oficiales y soldados en la resistencia de ese casco.

Inmediatamente se hizo en él provisión de agua y víveres para cuatro días: ordinariamente se emplean dos de Buenaventura a Panamá. Por medio de fuertes cables se sujetó el pontón a la «Boyacá», y en la noche de ese día Reyes se embarcó en él con el batallón 21 del

Quindío, que comandaba el Coronel Carlos Vélez, con el piloto y los jóvenes Vicente Micolta, Fortunato Garcés, Fernando Borrero, José Vicente Crespo y algunos más. En la «Boyacá» se embarcaron el General Miguel Montoya y los empleados civiles que habían de organizar el Gobierno de Panamá. En la chalupa y en la goleta, que había de ir a remolque de aquélla, se embarcaron otras fuerzas. La expedición no pasaba de 500 hombres.

En la mañana del día siguiente, 24 de abril, con muy hermoso tiempo, y después de la peligrosa operación de desprender el viejo casco de las arenas, salió del puerto la «Boyacá», remolcando el pontón, que se dejaba llevar como un pobre viejo al matadero. A bordo de la primera, la banda de música tocaba el Himno Nacional, y cuando cesaba le respondían en el pontón las dianas de tambores y cornetas. La bandera de la Patria tremolaba en las cuatro embarcaciones. Los expedicionarios daban vivas a Colombia y al General Reyes.

¡Portentoso viaje, de las más altas glorias de Colombia! ¡Aquellos bravos guerreros iban así a salvar el honor y la integridad de la Patria!

XIV

LA TRAVESIA

El 25 entraron a la bahía de Utría a hacer agua. Al salir de ella por la noche cambió el tiempo; sopló fuerte viento y el mar se agitó. El piloto portugués se preocupó mucho y repitió a Reyes su opinión de que si el mal tiempo aumentaba las viejas planchas cederían y el pontón se iría a pique. Reyes puso macheteros al lado de las amarras para hacerlas cortar, llegado el caso, y salvar siquiera la «Boyacá».

El mar continuó agitado durante todo el día, y por la noche fue peor. Para distraer a la tropa se ordenó que las bandas tocaran música constantemente. La noche fue muy oscura.

El pontón iba a distancia de unos cien metros de la «Boyacá», y las olas lo empujaban ya a un lado, ya a otro, como cuerpo sin dirección propia que era. Las luces se apagaban a cada paso, y, como no tenía cubierta alguna, las aguas lo invadían con frecuencia, y los soldados, mojados y mareados, tropezaban y caían sin encontrar dónde

reposar un momento. A pesar de lo cual, no se oyó una voz de queja ni de protesta.

De repente un fuerte golpe de mar rompió las amarras del remolque, y la «Boyacá» continuó su marcha algún trecho sin que notasen sus tripulantes que el pontón estaba suelto y cabeceando entre las altas olas. Por medio de disparos se consiguió llamar su atención a este grave peligro, y después de largo rato de zozobra se pudo reanudar los dos cabos de las amarras. La sangre fría del Jefe impidió que la zozobra se convirtiese en pánico. Esta contrariedad ocurrió otras dos veces.

La navegación era muy lenta, pues las máquinas de la «Boyacá» no estaban hechas para un remolque tan pesado en mar embravecida. Al amanecer del 27 volvió el buen tiempo, y con él un calor de 40° y un sol abrasador de que nadie podía defenderse porque el pontón carecía de toda cubierta. Para colmo de males se agotó el agua dulce, y la insubordinación y desesperación de la tropa hubieran sido incontenibles si en la noche de ese día, que era el tercero, no hubiesen llegado a la isla de Taboga, en la bahía de Panamá.

Reyes desembarcó al punto con veinte soldados escogidos, apresó a una guarnición que allí tenía Aizpuru y volvió al pontón llevando provisión de agua.

Es fácil de comprender la alegría de su gente al recibir este gran regalo. Además, al amanecer avanzaron las naves a las islas de Flamenca, de donde se veía a Panamá, los muelles, la ciudad.... ¡La expedición se había salvado!

XV

EN PANAMA

¿Salvado?... De morir en el mar, sí; pero ¿qué suerte le esperaba en esa tierra, dominada por rebeldes y por amigos ambiciosos?

Con las primeras luces del día avanzaron las naves expedicionarias, hasta cerca de un muelle que estaba ocupado por fuerzas americanas.

Inmediatamente se envió una nota al Almirante Jouett para avisarle la llegada de las fuerzas legitimistas; otra al decano del cuerpo consular para salvar responsabilidades si los rebeldes resistían en la

ciudad; y otra a Aizpuru para intimarle rendición incondicional. Casi al punto un bote tripulado por marineros yanquis y con la bandera de los Estados Unidos se desprendió del muelle y se dirigió a los recién llegados. El oficial manifestó que llevaba una nota para el jefe de la expedición, en cuyas manos debía ponerla. Salió Reyes a recibirla y leerla. El General Mackella, jefe de las fuerzas americanas de tierra, le notificaba que no permitiría el desembarco de fuerzas colombianas por el muelle que él ocupaba.

Reyes reunió un consejo de oficiales para leerles la nota y acordar lo que debiera hacerse, en situación tan grave. Se discutieron varios proyectos de contestación, pero al fin se acordó que Reyes y Montoya fuesen a darla verbalmente. Era preciso llegar pronto a la solución de esa dificultad, pues la expedición carecía ya de provisiones y no toleraría la larga permanencia en el pontón que una discusión escrita pudiera ocasionar.

Hacía tres meses que Reyes estaba en campaña y varios días que había salido de Cali sin más ropa que la que llevaba puesta, toda ella en pésimo estado. La barba y el cabello, crecidos. Todo esto le daba un aspecto muy desventajoso para presentarse a los jefes americanos.

Pero era preciso. Con el General Montoya tomó un bote y pasó al muelle, donde pidió en castellano al oficial de las fuerzas americanas que los condujese a la habitación de Jouett.

Este, a quien acompañaba Mackella, los recibió despectivamente, sin que siquiera les ofreciese asiento, de seguro pensando que eran jefes de bárbaros los personajes de tan descuidado aspecto que tenía delante.

Les preguntó si hablaban inglés; y Reyes, pensando que en tan apurada situación el ocultar su conocimiento de ese idioma podía servirle para descubrir los planes del Almirante y del General Mackella, contestó negativamente y pidió un intérprete.

Entonces dijo en inglés el Almirante a Mackella:

— Si el jefe tiene tan salvaje aspecto, sus soldados deben ser peores que los que incendiaron a Colón. Tendremos que impedir su desembarco y continuar en posesión del Istmo, quizá para siempre.

Reyes se reprimió para no dejar comprender que había entendido estas palabras. Cuando llegó el intérprete, manifestó por su conducto

que, conforme al tratado vigente de 1846, celebrado entre Colombia y los Estados Unidos, éstos debían garantizar el libre tránsito por el Istmo mientras no pudiesen hacerlo las fuerzas nacionales, por lo cual celebraba encontrar allí al Almirante y al General con los suyos, y lo agradecía en nombre del Gobierno de Colombia; pero que ya estaban allí con él y con el General Montoya, nombrado Jefe Civil y Militar del Istmo, las fuerzas colombianas, con las cuales garantizaría el tránsito; por lo cual las de los Estados Unidos podían retirarse y dejarles francas a las suyas todas las entradas a la ciudad y al Istmo en general.

El Almirante ordenó al intérprete decir a Reyes que los americanos tenían una sola palabra y que ya la habían dado en la nota que Reyes había leído.

Antes que el intérprete pudiese empezar a hablar, Reyes dijo en inglés:

—Para conocer a fondo los planes del Gobierno Americano oculté mi conocimiento del inglés. Ya los conozco. Protesto contra los atropellos que estos planes indican contra los derechos de Colombia. Y prefiriendo morir en defensa del honor de mi patria, me retiro para forzar la entrada.

El Almirante se sorprendió grandemente al oír a Reyes expresarse en correcto inglés y hacer tan altiva declaración. Púsose de pie y le dijo:

--*You are a man. Let us shake hands.* (Usted es un hombre. Démonos un apretón de manos).

Además, le manifestó que él no se oponía al desembarco de las tropas colombianas sino a que lo hiciesen por la región que él ocupaba con las suyas, pues eso implicaría un combate con los de Aizpuru en las calles de la ciudad; pero que si se llegaba a un arreglo con este señor, las dejaría desembarcar aun por esa región.

A las seis de la tarde llegó a las naves una comisión que enviaba Aizpuru para pedir que se le diesen garantías, se le reconociese como beligerante en guerra civil y se encargase de la gobernación del Istmo una persona que no fuese el General Montoya. La componían los cónsules de Francia, Suecia y Noruega y El Salvador y los señores Ricardo Arias, Gerardo Lewis y Bernardo Vallarino. La contestación

fue negativa, y otra comisión compuesta de los Coroneles Losada y Córdoba y de don Manuel José Díez fue a notificar a Aizpuru la exigencia de rendirse incondicionalmente. Al fin tuvo que hacerlo así.

Las fuerzas colombianas desembarcaron en presencia de las americanas, las cuales les hicieron los honores del caso.

El 1.º de mayo se instaló el nuevo Gobierno: Coronel Miguel Montoya, Jefe Civil y Militar; Coronel Belisario Losada, Secretario de Gobierno; don Lino Clemente Herrera, Secretario de Hacienda.

XVI

EN COLON

Los expedicionarios ocuparon la ciudad de Panamá y pusieron término al desorden que en ella había reinado durante la dominación de Aizpuru. Pero en la línea del Canal había millares de obreros extranjeros, negros jamaicanos en su mayor parte, sin ocupación alguna pues la Empresa había suspendido los trabajos; y esa gente, sin hábitos morales ni vínculos patrióticos con el Istmo, era un gravísimo peligro. Por su número y osadía era incapaz de respetar la corta guarnición llevada por los expedicionarios, y mucho menos a los alcaldes, corregidores y demás autoridades subalternas. En Gorgona hubo un choque entre los jamaicanos y un destacamento enviado a solicitud y en apoyo del Alcalde, y resultaron varios muertos. Se dijo que los trabajadores conspiraban y se proponían atacar a Panamá, lo que ponía a esta ciudad en peligro de ser incendiada como Colón.

Reyes recorrió la línea hasta Colón en tren expreso y se convenció de que este peligro era real. Entonces volvió a Panamá y con cien hombres escogidos regresó a Colón y acampó bajo toldas sobre las cenizas aún calientes de la ciudad incendiada. Allí se unió con el Coronel don Ramón Ulloa y las pocas fuerzas que le quedaban, y sorprendió personalmente un grupo de obreros que, según noticias, se proponía atacarlo. Su presencia y enérgicas palabras bastaron para que se desbandasen.

Pero era necesario dominarlos en absoluto y hacerles sentir que las fuerzas colombianas no les temían y eran capaces de restablecer y conservar el orden y que la sociedad que debía reorganizarse sobre las bases de la justicia y no del miedo contemporizador. Por fortuna

acompañaban a Reyes los valientes Coronales Brun, Eloy Caicedo, Florentino Zabala y los Generales Ulloa y Obaldía. Además había nombrado Secretario suyo al doctor don Joaquín F. Vélez, recién llegado a Panamá con don Nicolás Tanco Armero. Era el doctor Vélez un hombre de gran inteligencia e ilustración, de patriotismo, valor y actividad prodigiosa.

El influjo de este grupo de hombres enérgicos y en todo sentido importantes, unido al de los que formaban el Gobierno en la ciudad de Panamá (Montoya, Losada, Herrera, etc.) se hizo sentir pronto, y los aventureros empezaron a respetar y temer. El orden se impuso y la bandera de Colombia se paseó gloriosa por todo el Istmo.

Pero esto no bastaba. Si la legitimidad no podía o no quería castigar el gran crimen de Colón, echaría sobre sí las responsabilidades que la justicia y los damnificados exigían. La soberanía lleva consigo la obligación de administrar justicia, y cuando se trata de crímenes que dejan muchas víctimas y extienden sus consecuencias a varias naciones, como ése del incendio de una ciudad de madera, poblada de extranjeros en su mayor parte y colmada de riquezas, la indulgencia es otro crimen mayor. El de Colón se efectuó a la vista de la humanidad entera, porque Colón está en el *fuelle del mundo*, a donde los trabajos del Canal atraían todas las miradas; y el mundo entero esperaba ver si el Gobierno de Colombia era capaz o no de impartir justicia.

Ni hubo un momento de vacilación para los hombres que allí lo representaban. Dos de los cabecillas del incendio, Pautricelli y George Davies (*Cocobolo*) estaban presos. Se formó para juzgarlos un Consejo de Guerra compuesto del General Reyes, que lo presidía, los Generales Ramón Ulloa, José de Obaldía, Manuel Amador Guerrero y los Coroneles Eloy Caicedo y Florentino Zabala.

Ante el Consejo rindieron declaraciones juradas los miembros del Cuerpo Consular, de las cuales resultó la comprobación de que Pautricelli y Cocobolo habían sido vistos incendiando la ciudad con teas de petróleo, en compañía de multitudes encabezadas por ellos.

Oídas estas declaraciones, el Consejo de Guerra condenó a los dos reos, por unanimidad, a la última pena.

La sentencia se cumplió inmediatamente. Los corresponsales de

los diarios americanos cablegrafiaron diciendo: «*Justice is done*». (Se ha hecho justicia).

Al hablar de este acto es frecuente citar entre los reos que el Consejo de Guerra condenó a la pena capital a Pedro Prestán. Pero esto es un error. Prestán estuvo con los incendiarios de Colón, pero logró fugarse a Barranquilla, donde meses después fue apresado y llevado a Colón. Allí se le juzgó y condenó a muerte por un Consejo de Guerra distinto del que presidió Reyes, quien se hallaba entonces subiendo el río Magdalena.

El castigo de Pautricelli y Cocobolo no fue un acto político, porque no fue político su crimen. Fue un acto de justicia ordinaria, cuya omisión habría acarreado a Colombia gravísimas responsabilidades y la habría presentado ante las demás naciones como débil y anárquica.

XVII

EN CARTAGENA

La tormenta revolucionaria, barrida del interior como por viento impetuoso, había concentrado grandes fuerzas en la Costa Atlántica. La legitimidad dominaba en el Cauca, gracias a Payán, Ulloa y Reyes, a los Guerreros en Pasto, al General Ignacio V. Martínez en Popayán, a Benigno Gutiérrez en la región del Risaralda; Casabianca había pacificado el Tolima; Aristides Calderón a Boyacá; Marceliano Vélez y Pedro Nel Ospina a Antioquia. Estaban allí los principales jefes del radicalismo colombiano: Felipe Pérez, Sergio Camargo, Pedro José Sarmiento, Daniel Hernández, Fortunato Bernal, Plutarco Vargas, Capitolino Obando, Campo Eifas Gutiérrez, Venancio Rueda, Foción Soto, Ricardo Gaitán Obeso. En tierras de Santander les hacían frente los jefes legitimistas Quintero Calderón, Buenaventura Reinales y **A.B.** Cuervo ~~del~~, que no disponían sino del buque *Emilia Durán* en el río Magdalena para comunicarse con Honda, pues todos los demás habían sido tomados y armados en guerra por la revolución.

El esfuerzo de los rebeldes se concentró en el sitio de Cartagena, puesto por Gaitán Obeso desde fines de febrero. Al cabo de dos meses la escasez y carestía de víveres se hacían sentir duramente sobre

la población de la Ciudad Heroica, y aunque la guarnición era insuficiente para romper el sitio, sufría abnegadamente fatigas, hambres y asaltos. Allí estaba el gran patriota don José María Samper Agudelo, quien había abandonado la Legación que desempeñaba en Chile para acudir a Cartagena en defensa de la legitimidad; y era Jefe de la Guarnición el General Francisco J. Palacio desde que el General Santodomingo Vila, en abril, salió al encuentro de la expedición que llevaba Mateus por Antioquia y Ayapel en auxilio de la ciudad.

El 7 de mayo por la noche se hicieron señales de luces en el castillo de La Popa, ocupado por los sitiadores, las cuales fueron contestadas al punto por todas las fuerzas de tierra y mar de los rebeldes. Al punto empezó el bombardeo de la ciudad y el ataque por diversos puntos. Los atacantes alcanzaron a ocupar una casa dentro de las murallas, pero allí tuvieron que rendirse; y aunque los demás atacantes lucharon con denuedo toda la noche, al amanecer del 8 se vieron obligados a suspender el fuego, y el 16 levantaron el sitio y se retiraron a Barranquilla; pero la flotilla se estacionó en el Dique.

El 13, antes de levantarse el sitio, llegó el General Reyes a Cartagena. Su amistad con el Almirante Jouett le facilitó el viaje. El Almirante convino en llevarlo en su buque de guerra a la bahía de Cartagena, donde Reyes pasó a un bote manejado por marineros que llevaba. La flotilla rebelde disparó en vano sobre el bote, que evitó su persecución buscando los bajos a donde no podían seguirlo los buques. Saltó Reyes a la playa cerca de las murallas, de donde se le hizo fuego también, creyéndolo del enemigo. Izó bandera blanca, se le reconoció y subió por una escala de cuerdas.

El entusiasmo que la victoria del 7 había despertado en la guarnición, creció con las noticias que llevó Reyes de la pacificación de Panamá y el próximo arribo de fuerzas legitimistas a Cartagena, procedentes del Istmo. En efecto, el 21 llegaron los caucanos en el vapor *Caldera* al mando de los Generales José María Domínguez E. y Jaime Córdoba.

El día anterior había llegado a Turbaco la expedición de Mateus y Briceño, y a su encuentro salió poco después la guarnición de Cartagena. Para ahuyentar los buques enemigos que en el Dique impedían la unión de las dos fuerzas, el artillero General Martínez (alias

Pescadito) logró arrastrar un viejo cañón español, muy pesado, que llamaban *El Cabo Junín*, hasta la orilla del Dique, y con él se disparó sobre la flotilla, que tuvo que retirarse al Magdalena y dejar libre el paso del caño.

Reyes lo atravesó inmediatamente en una canoa y fue a abrazar a los Generales Mateus y Briceño.

Unidos los dos ejércitos, avanzaron por tierra, y también por el Dique, en el vapor *Rafael Núñez*, tomado al enemigo, y ocuparon a Calamar el 16 de junio. El enemigo siguió río arriba sin que *Mateus* pudiese perseguirlo por falta de embarcaciones.

XVIII

EN EL MAGDALENA

La permanencia en el ardiente y húmedo clima de Calamar fue funesta para los legitimistas. El paludismo y la disenteria hicieron estragos en todos los cuerpos. La pérdida más sensible fue la del General Manuel Briceño, una de las más altas figuras del partido conservador. Amigos y enemigos lamentaron la muerte del hidalgo guerrero, literato distinguido, enérgico político y caballero de la más alta clase social. Murió el 11 de julio.

Los rebeldes concibieron el plan de subir el Magdalena, destruir las fuerzas de Quintero Calderón que cerraban ese paso, invadir a Santander y volver a encender la insurrección en el interior de Colombia. Eran hombres de perseverante energía, que no se daban por vencidos mientras algo pudiesen hacer.

En efecto, subieron por el río con cerca de 2.000 hombres, en 6 ó 7 buques armados en guerra, y el 17 de junio atacaron a Quintero Calderón, que sólo tenía 500 y estaba situado en la orilla oriental en un punto llamado La Humareda. El ataque y la defensa se hicieron con esfuerzos gigantescos. Se luchó desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, hora en que Quintero Calderón se vio obligado a retirarse, dejando una pequeña fuerza para cubrir la retirada. Pero esta fuerza cayó en poder de los atacantes con sus jefes B. Reinales y Benito Martínez.

La heroica resistencia de Quintero Calderón en ese punto cortó

el plan de los rebeldes, pues la victoria de La Humareda fue desastrosa para ellos; perdieron nueve de sus mejores jefes, trescientos soldados y el principal de sus buques, el cual se fue a pique. Es cierto que Vargas Santos invadió a Santander; pero el resto de las fuerzas tuvieron que volver a Calamar con Camargo (22 de junio), quien pidió una conferencia a los jefes legitimistas de esa plaza. Desgraciadamente no se llegó a un acuerdo, aunque lo procuraron los comisionados Reyes y Briceño. Allí permanecieron los rebeldes en sus buques al frente de Mateus, hasta el 20 de julio; pero las enfermedades hicieron en ellos terribles estragos; tanto, que fue fácil asaltar y tomar dos de sus vapores. Huyeron los demás río arriba, pero fueron perseguidos y rescatados.

Mateus pasó a Barranquilla, y Reyes y Santodomingo Vila subieron el ejército por el río en seis buques. Al llegar a Puente Nacional se tuvo noticia de que los Generales Quintero Calderón y Cuervo ~~resistían~~ resistían desventajosamente los ataques de Vargas Santos y Foción Soto. El General Eloy Caicedo asaltó y ocupó inmediatamente a Puente Nacional. El ejército desembarcó allí, y el día siguiente marchó sobre Ocaña para auxiliar a Quintero Calderón, a quien ese mismo día, después de ser vencido en La Salada, se rindieron los vencedores al saber la aproximación de las fuerzas que llevaban los Generales Reyes y Santodomingo Vila.

Esta fue la última escena de la terrible guerra de 1885. Todo el país quedó pacificado. El ejército del Atlántico se reembarcó en Puente Nacional y siguió por Honda a Bogotá. Allí fue reorganizado y se incorporaron en él las fuerzas que comandaban Quintero Calderón y Cuervo ~~resistían~~, lo mismo que la gloriosa División de Juan E. Ulloa y Julio Rengifo. Reyes fue nombrado Comandante General de ese ejército.

XIX

LA REGENERACION

La guerra de 1885 fue un acto de desesperación del partido liberal. La desesperación es mala consejera. Sobre todo en política, porque acaba con la política, la cual no vive sino de la paz, la prudencia y la habilidad honrada. En ella no se llega a buen término luchando de

frente contra la opinión pública, sino acogiendo lo que tenga de justo y bueno y buscando el modo de dirigirla y encauzarla.

Desde 1884 varias Legislaturas pidieron la reforma de la Constitución de Rionegro, y durante la guerra casi todas las municipalidades hicieron lo mismo. La sublevación del radicalismo fue precisamente contra este deseo nacional, que tenía en el doctor Núñez su más alto y eficaz representante. De modo que el triunfo de la Regeneración en esa guerra implicaba necesariamente la inmediata reforma de la Constitución de 1863. El radicalismo había confiado a la suerte de las armas la vida o muerte de su obra; vencido, la suerte estaba echada.

No fueron, pues, una sorpresa para nadie estas palabras con que el doctor Núñez definió la situación en discurso que pronunció cuando gran golpe de gente fue a felicitarlo por el levantamiento del sitio de Cartagena: «En virtud de hechos cumplidos, la Constitución de Rionegro ha dejado de existir.»

El 10 de septiembre, por decreto marcado con el número 594, el Presidente de la República convocó un Consejo Nacional de Delegatarios, para que acordase las bases y el procedimiento de la reforma. Cada uno de los Gobernadores o Jefes Civiles y Militares de los nueve Estados debería nombrar dos Delegatarios, y así se hizo.

El Consejo Nacional se instaló en Bogotá el 11 de noviembre. Lo componían diez y ocho personajes, de los más conspicuos del país, a saber: por Antioquia, José María Campo Serrano y Domingo Ospina Camacho; por Bolívar, José María Samper y Miguel A. Vivas; por Boyacá, Benigno Barreto y Carlos Calderón; por el Cauca, Juan de Dios Ulloa y Rafael Reyes; por Cundinamarca, Antonio B. Cuervo y Jesús Casas Rojas; por el Magdalena, José Laborde y Luis Miguel Robles; por Panamá, Miguel Antonio Caro y Felipe F. Paúl; por Santander José Santos y Antonio Roldán; y por el Tolima, Roberto Sarmiento y Acisclo Molano. Fue Secretario el doctor Carlos Martínez Silva.

El Presidente Núñez pasó al Consejo una *Exposición* cuyo pensamiento dominante se resume en estas líneas: «La nueva Constitución ha venido elaborándose silenciosamente en el alma del pueblo colombiano a medida que sus públicos infortunios tomaban carácter de crónicos, con agravación progresiva.... Yo no he sido, ni soy, sino el mi-

nistro leal de esa convicción y de esa volición irresistibles.... Reemplazar la anarquía por el orden es, en síntesis estricta, lo que de nosotros se promete la República....»

El Consejo acordó las bases de reforma y las sometió a la consideración de las municipalidades de Colombia, las cuales se apresuraron a aprobarlas. Las principales de las 18 bases eran éstas:

«1ª La soberanía reside única y exclusivamente en la Nación, que se denominará *República de Colombia*.» Se establecía así la unidad nacional, rota en 1863 por el federalismo, que fraccionó la soberanía entre los nueve *Estados Unidos de Colombia*.

«3ª. La conservación del orden general y seccional corresponde a la Nación. Sólo ella puede tener ejércitos y elementos de guerra....» Esta base ponía término a las guerras locales, las guerras entre Estados o entre ellos y la Nación, que fueron continuas en la época que terminaba.

«4ª. La legislación civil y penal, electoral, comercial, de minas, de organización y procedimiento judicial es de competencia exclusiva de la Nación.» Era una consecuencia necesaria de la unidad de soberanía.

«6ª. La Nación reconoce que la Religión Católica es la de la casi totalidad de los colombianos, principalmente para los siguientes efectos:

1º. Estatuir que la Iglesia Católica gozará de personería jurídica.

2º. Organizar y dirigir la educación pública en consonancia con el sentimiento religioso del país.

3º. Celebrar convenios con la Sede Apostólica, a fin de arreglar las cuestiones pendientes y definir y establecer las relaciones entre la potestad civil y la eclesiástica.»

«8ª. Nadie será molestado por sus opiniones religiosas, ni obligado por autoridad alguna a profesar creencias ni observar prácticas contrarias a su conciencia.»

«10. Las demás libertades individuales serán consignadas en la Constitución con razonables limitaciones.»

En seguida el Consejo Nacional de Delegatarios se declaró Cuerpo Constituyente, anunciando que cuando diese nueva Constitución a

la República funcionaría como Cuerpo Legislativo y elegiría **Presidente** y **Vicepresidente** para el primer período constitucional.

La Constitución fue sancionada el 6 de agosto de 1886, y el Consejo Nacional Legislativo eligió **Presidente** al doctor Núñez y **Vicepresidente** al General Eliseo Payán, para el período de seis años que en esa fecha empezaba. Pero el doctor Núñez se retiró con licencia a Cartagena, donde murió en 1894.

La nueva Constitución dio el nombre de Departamentos a los antiguos Estados, quitándoles la soberanía de que tan mal uso habían hecho, pero dejándoles amplia autonomía administrativa; reforzó la autoridad del Poder Ejecutivo; hizo bienales las reuniones del Legislativo; declaró vitalicias las más altas magistraturas del Judicial; sentó sobre sólidas bases y con amplísimo criterio los derechos civiles, los derechos políticos y las garantías sociales; ordenó la cristiana educación del pueblo; y abrió la puerta a la celebración del Concordato, que había de regularizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado y resolver benigneamente los graves problemas surgidos de la desamortización de los bienes de la Iglesia hecha por la revolución de 1860.

Toda libertad legítima fue reconocida y toda garantía fue dada al derecho. Dentro del amplio molde del Estado Cristiano, quedaron fundadas la organización civil, el orden administrativo, las aspiraciones políticas de igualdad, libertad y justicia, o sea la democracia cristiana. Este fue el primer gran servicio que a la Patria prestó la Regeneración: organizarla bien.

Y resultó que cuanto proclamaba el liberalismo como si el conservatismo lo rechazase quedó consignado en la Constitución, excepto la ilimitación de las libertades individuales y la animadversión hacia la Iglesia Católica. Quedó el liberalismo sin programa político.

Pero en vez de reconocerlo y organizarse como partido administrativo, cometió el gravísimo error de mostrarse en actitud rebelde.

Se alzó en armas en 1895, y Reyes lo venció en rápida campaña que culminó en la batalla de Enciso.

Siguió en la misma actitud, y en 1899 se lanzó de nuevo a la guerra, con apoyo de los gobiernos liberales de Venezuela, Ecuador

y Nicaragua; pero fue vencido de nuevo al cabo de tres años de lucha tenaz: octubre de 1899 a noviembre de 1902.

Esta guerra fue desastrosa.

El país quedó exánime, paralizadas las industrias, agobiado de deudas el Tesoro, llenos de rencor los corazones. ¡Fue ésta la situación que aprovecharon los Estados Unidos para arrebatarnos el Istmo el 3 de noviembre de 1903, fomentando la insurrección de algunos panameños e impidiéndonos someterla!

En tan angustiosos días vino Reyes al poder. Tomó posesión de la Presidencia de la República el 7 de agosto de 1904.

Otro hubiese quizá limitado su acción a procurar que el tiempo y una administración prudente de los asuntos públicos sacasen poco a poco a la República de tan lamentable situación. Reyes comprendió que era preciso ayudar al tiempo y procurar que el liberalismo, desprendiéndose del espíritu de rebeldía, entrase en la labor común de la Patria Colombiana.

Al efecto, suspendió los trámites ordinarios de la administración pública, propios de épocas normales pero obstructivos de la de transición y resurgimiento que le tocaba afrontar; reorganizó la hacienda pública, impulsó las industrias, abrió caminos, construyó puentes y ferrocarriles, estableció colonias penales, fomentó la educación pública y proclamó con hechos la concordia nacional de los partidos, pues dió participación al liberalismo en la administración pública y propuso la ley de las minorías.

Fue poner un bálsamo saludable sobre las heridas de la Patria.

Al cabo de cinco años su patriótica empresa estaba realizada: la nación se hallaba muy lejos de la desesperada situación en que Reyes empezó a gobernarla.

El liberalismo laboraba como partido constitucional; las industrias prosperaban; la paz y el progreso se hacían sentir y daban frutos opimos.

Era tiempo de volver a la normalidad.

Lo cierto es que hombres notables de ambos partidos que no habían creído necesaria ni convenientes para los fines indicados la suspensión de los trámites constitucionales hecha por Reyes, hicieron

resaltar su descontento el 13 de marzo de 1909, secundados por respetable grupo de ciudadanos.

Reyes, que sin duda reconoció la justicia de este movimiento, abandonó el poder voluntariamente, sin resistencia, que habría producido una guerra.

La Constitución recibió algunos retoques en 1910; y desde entonces el liberalismo la aceptó sin restricción alguna.

Se ve, pues, cómo la Regeneración realizó el mayor bien de la Patria: dar a los partidos una base común de principios; y cómo con Reyes realizó el mayor bien de los partidos: unificarlos en el servicio de la Patria.

Tales fueron las consecuencias supremas de los acontecimientos políticos de 1885.

